



... SAN TIAGO, abril de 1986

X UNA CULTURA DE LIBERACION

Doc. de trabajo
CIRCULACION RESTRINGIDA.

ABRIL, 1986

C O N T E N I D O

INTRODUCCION	1
ALGUNAS PRECISIONES SOBRE EL TEMA	2
CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL PROCESO CULTURAL CHILENO	3
1. Sobre la formación cultural chilena.	3
2. El problema de la "identidad" nacional	4
3. Descripción y análisis del sistema cultural actual	5
3.1. Campo de la cultura dominante	5
a) La Doctrina de Seguridad Nacional	5
b) El liberalismo	5
c) Cristianismo pre-conciliar	5
d) Tradición iluminista	5
3.2. Campo de la cultura popular	6
PROYECTO CULTURAL: X UNA CULTURA DE LIBERACION	8
1. Nuestra estrategia política es nuestra estrategia cultural	9
2. Proyecto y períodos de la lucha de clases	9
3. Proyecto cultural democrático popular	10
3.1. Orientaciones programáticas generales	11
a) Una cultura popular	11
b) Una cultura democrática	11
c) Una cultura nacional	11
d) Una cultura internacionalista	11
e) Una cultura anti-imperialista	12
3.2. Consideraciones sobre los objetivos programáticos	12

3.3. Objetivos táctico—culturales del período	12
a) Desarrollar un movimiento cultural de contenido popular, democrático y antidictatorial.	12
i. Un movimiento cultural popular.	13
ii. Un movimiento cultural democrático	13
iii. Un movimiento cultural antidictatorial	13
b) Fortalecer la organización social de artistas, intelectuales y trabajadores de la cultura que impulse ese movimiento.	13
c) Desarrollar ese movimiento en una práctica liberadora, reivindicativa, solidaria, creativa y expresiva	15
i. Una práctica liberadora.	15
ii. Una práctica reivindicativa	15
iii. Una práctica solidaria.	15
iv. Una práctica creativa	15
v. Una práctica expresiva	16
d) Desarrollar y fortalecer la alianza social con el conjunto del pueblo en lucha.	16
4. Rol del artista y el trabajador cultural	16

I N T R O D U C C I O N

El presente documento pretende fijar nuestra posición frente al problema de la cultura hoy en Chile; si bien entendiendo que la realidad social de la cultura es un proceso en cambio constante, que exige también constante readecuaciones. Este texto es concebido, por tanto, como aporte en un proceso de reflexión colectiva para la práctica, acerca de los problemas de la cultura en nuestra sociedad; y en tal calidad constituye un documento de trabajo, no un discurso acabado ni definido.

Consideramos en tanto Partido político, un derecho y un deber realizar esta reflexión y exhibirla a los trabajadores del arte y la cultura —y a los revolucionarios en general—, dotándolos de un instrumento que contribuya a perfilar una guía en su tarea; así como contribuir también al esclarecimiento del problema cultural al conjunto de la sociedad, desde nuestra perspectiva. No concebimos el trabajo de la cultura, y del arte en particular, como simple productor de deleite o como un instrumento de la política, ni lo consideramos arbitrario o sometido a las pulsaciones individuales; sino que en su nivel más elevado apunta hacia una meta común con el conjunto de las prácticas productivas en la construcción de la vida social. La obra de arte, y el producto cultural en general, median entre la vida construída y la vida por construir o sociedad aspirada; en esa mediación reside su importancia y la medida de su productividad, en el proceso de producción simbólica que apoya y completa la transformación global de la sociedad. Por ello el Partido, como intelectual colectivo, piensa su posición acerca del problema de la cultura. La perspectiva cultural de un partido expresa el contenido final de su táctica y su estrategia. El desarrollo cultural —en un sentido amplio—, es el fin primero y último de nuestro accionar partidario. La lectura de nuestra práctica, así como de nuestra concepción revolucionaria de sociedad, debe ser realizada por tanto como un proceso por la transformación básicamente cultural. El partido como organización se completa en el ejercicio de ese derecho y ese deber de reflexionar sobre el problema global de la cultura.

El **militante** artista o el **militante** trabajador cultural, en tanto individuo intelectual y parte de ese intelectual colectivo partidario, tiene como tareas permanentes la organización del frente, la propaganda de las ideas revolucionarias y la reflexión crítica sobre la cultura; entregando la dimensión global cultural a la práctica política, así como tendiendo a esclarecer su propio rol como agente de transformación del sistema cultural. El trabajo artístico es también una función fundamental de su práctica, y la razón de su especificidad en cuanto militante. Sin embargo, el trabajo del arte en particular, no lo consideramos subordinado al campo de la orgánica y el servicio partidario en sí. Entendemos que la práctica orgánica militante y la **organicidad** de la práctica artística, son diferenciadas; la necesaria continuidad que debe llegar a darse entre ellas, es el resultado de un proceso de maduración personal a resolver por cada individuo en su existencia militante. La producción estética del militante artista, y el desarrollo en la orgánicidad de esa práctica, es el resultado libre de una libre opción ética. Un partido revolucionario no puede erigirse en un aparato normador de las artes ni de las prácticas artísticas, ni el artista reducirse a ser un sirviente o instrumento de ningún aparato. La dimensión utilitaria del artista en tanto militante, debe ser entendida políticamente de un modo superior y con una profundidad que supere una comprensión simplista del problema, generadora de tantos errores y aprensiones. La condición orgánica de clase del trabajo artístico, es un proceso de desarrollo, de maduración y de ajuste de las prácticas diversas de un mismo individuo; es un punto de llegada en ese proceso, y no un punto de partida: una meta aspirada, la cual puede ser resuelta de maneras variadas y en lenguajes diversos según cada caso particular.

No nos interesa la reflexión ni la teoría sobre la cultura como un problema en sí, sino como un problema de práctica política. Este documento, por tanto, es un **documento político sobre la cultura**, el cual aspira a realizarse como acción transformadora en la historia.

Dirigimos el flujo de nuestro discurso a los artistas y trabajadores culturales, en primer lugar, como agentes principales y específicos del proceso artístico cultural; tanto a los profesionales como a los aficionados. Está dirigido, en segundo lugar, a todos los hombre y mujeres de esta sociedad, en tanto actores básicos del proceso cultural, sujeto y objeto final de ese proceso.

ALGUNAS PRECISIONES SOBRE EL PROBLEMA

Entendemos por **cultura** un conjunto de prácticas materiales, intelectuales y simbólicas; de relaciones y productos de la práctica humana, así como el ordenamiento de ellos y de la vida en general; prácticas, relaciones y productos que, en última instancia, están destinados a satisfacer necesidades, intereses y aspiraciones humanas, tanto individuales como sociales. En nuestra sociedad organizada a partir de la división en clases sociales, el orden cultural expresa esa división y se hace funcional para el ejercicio de la dominación económica, social y política de la burguesía, dando origen a una dominación cultural que sobreimpone al conjunto de la sociedad la cultura de esa clase; es decir, de aquellas prácticas, relaciones y productos que satisfacen sus intereses, aspiraciones e intereses particulares como clase. Un orden cultural socialmente justo, debe tender a satisfacer al conjunto de los hombres y **las mujeres** de la sociedad, y no a un grupo o clase únicamente, reduciendo al resto a la enajenación de sus derechos y a la alienación cultural.

Creemos necesario advertir que hablamos acerca de una sociedad real, en la cual operamos cotidianamente, y la cual opera en nosotros. No la sociedad abstracta de las ciencias políticas y sociales, o la que se radica en algunas conciencias sobreideologizadas, sino la sociedad de las grandes masas anónimas de Chile atrapadas en las redes de una conciencia colectiva y una práctica confusas, oscuras, difusas y dominadas por la heterogeneidad. Hablamos de un pueblo empobrecido, atemorizado, agredido cotidianamente por la violencia de la vida organizada desde el Estado y cohesinada por la ideología de la Guerra contra el Pueblo; de la arrogancia autoritaria de la minoría dominante con su Ejército de Ocupación, autorreferente aunque subordinada, acomplexada de su sub-desarrollo; de los sectores medios hundidos en la pasividad de la esperanza, engullidores de segunda mano. Al cabo de un siglo y medio de vida independiente —pero dependiente— y republicana —historia de expansión social zigzagueante que desembocó en una dictadura militar—, la cultura chilena no logra aún definir su chilenidad más allá de los escasos intentos de fundarla. En la realidad de nuestra sociedad, la “cultura chilena” aparece traspasada por contradicciones profundas cuyo origen y cuyo final se encuentran en la política, en la organización social, en la organización de la economía, más que en la cultura misma que no logra definirse.

La cultura, como una práctica cotidiana de los miembros de la sociedad, es afectada y condicionada por los avances y retrocesos que ocurren en cada uno de los niveles de la sociedad, así como por las medidas de organización social que se administran o se producen. Es obvio que existe una continuidad dialéctica entre la organización de la vida social o esfera de lo político, y la existencia cotidiana de mujeres y hombres, o esfera de lo privado. En la realidad no se da dicotomías entre ambos niveles; esta disociación ideal intenta separar al individuo de la organización social e institucional en la cual se da su vida. Esta continuidad, que no es mecánica como hemos señalado, permite pensar que una estrategia de transformación de la sociedad es y llega a ser una estrategia cultural; a la vez que permite también entender el valor real operativo de las políticas culturales.

No concebimos el ámbito de lo cultural, tanto en el nivel de lo público administrativo, como en especial en lo privado e íntimo, como un aparato normativo o restringente de tipo impositivo; al contrario, ello nos parece una aberración. Reconocemos la necesidad real e ineludible de la existencia de instituciones de organización y planificación de las prácticas sociales productivas, para moldear y planificar la producción de la propia vida, de acuerdo a la dinámica real con que los procesos culturales se ven afectados en cada sociedad histórica. En ese sentido, consideramos urgente en una fase democrática la creación de un Ministerio de Cultura. Para garantizar la democracia y la libertad plenas de ese proceso, así como la funcionalidad expansiva de aquellas instituciones, creemos estrictamente necesario que la sociedad cuente con mecanismos de ejercicio real del poder desde la base, o poder popular, independiente del Estado. El desarrollo del poder popular, lo entendemos como el proceso de construcción de la hegemonía popular a partir de la concurrencia de intereses aspiraciones y objetivos que entran en competencia ideológica libre en un ámbito democrático. En el caso específico de la cultura, esta condición sólo puede realizarse en la medida que la gestión del poder popular se desarrolla a partir de la conciencia de quienes lo ejercen, pero sobre la propia práctica del mismo. El poder popular como expresión plena de democracia, no podrá ser construido si no impulsamos en las masas la conciencia de su propio poder.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL PROCESO CULTURAL CHILENO

1.— SOBRE LA FORMACION CULTURAL CHILENA:

La formación cultural chilena, es la historia del proceso mismo de constitución de esa formación social, además del actual producto histórico. La cultura chilena no es por tanto una entidad absoluta, única y acabada, sino un discurrir complejo y diversificado. Complejo en su acumulación histórica; y diversificado, en la medida de la diversidad de los sujetos sociales que actúan, se gestan y reconstituyen en el proceso. Hablar hoy día de la cultura chilena, es hablar de un sistema organizado a partir de las relaciones que diversas culturas, sub-culturas y núcleos culturales, establecen entre sí; es hablar de la historia de la lucha de clases en Chile, que impulsa ese proceso de constitución y reconstitución constante del sistema; y es hablar de las relaciones de dominación y subordinación que los distintos grupos portadores de la cultura establecen entre sí. Relaciones que no necesariamente se reproducen idénticas en el desplazamiento desde el sistema de dominación social al sistema de la dominación cultural, en tanto niveles de análisis.

El sistema cultural chileno ha sido producido bajo la hegemonía de las burguesías minera, terrateniente y comercial, y actualmente monopólica-financiera, las cuales han impuesto al conjunto de la sociedad una cultura de imitación de modelos que son derivados principalmente de la cultura europea y norteamericana. A la transculturación fundacional del siglo XVI, que se cumple con predominio hispano, y con una cultura de resistencia mapuche, se agrega en el siglo XVII, a finales del período “heroico” de la conquista, la implantación de la hegemonía jesuita al servicio del dominio imperial, en la formación cultural. Junto a ciertas reformas sociales, los jesuitas introducen el espíritu de la contrarreforma y la estética del barroco que le es correlativa, especialmente el barroco germano. Un rasgo interesante de este período es la inteligente utilización de la cultura popular operante, para lograr la hegemonía, en un aparente pluralismo cultural permitido. El siglo XVIII marca un momento fundamental con el auge de la burguesía terrateniente y minera, y con la dominación cultural del despotismo ilustrado, y el neoclásico. Tras la expulsión de los jesuitas, la desestimación de la cultura popular se llega a hacer represiva. Las clases en el poder, logran imponer su ideología al conjunto de la sociedad y organizar, conducir y dirigir toda la vida social. La revolución de 1810, no hizo sino independizar políticamente a ese bloque del gobierno central peninsular, sin traer cambios profundos en la estructura económica y social. El liberalismo es adoptado formalmente, sin cumplir el grueso del programa liberal de las burguesías industriales europeas. La hegemonía conservadora durante el siglo XIX acentúa la europeización de la cultura chilena, conllevando la represión directa e institucionalizada de las expresiones culturales populares: ramadas, carreras de caballos, procesiones, juegos en las calles. Mientras Domingo Santa María prohíbe a los cantores populares ejercer su oficio, Santiago se edifica con mansiones y locales públicos de estilo francés; el Valle Central es sembrado con encinas, cedros, castaños, aromos y sequoias, siendo arquitectos franceses e italianos los diseñadores de este gran parque patronal. El nacionalismo de estas burguesías se mantiene en lo puramente formal. Por un lado, se denomina como **Lautaro, Galvarino y Araucano** a los primeros barcos de la escuadra nacional, o Andrés Bello se vuelve hacia **La Araucana** como fuente de “identidad”; y por otro lado, la matanza de araucanos se perpetra en La Frontera. El siglo XX trae, junto a la intensificación de la colonización cultural, el desarrollo de un movimiento social de los trabajadores artesanales, asociados a un proyecto liberador popular, el cual se inicia con Francisco Bilbao y Santiago Arcos. Pronto este movimiento avanza hacia una derivación marxista en el sistema cultural. Un nacionalismo e internacionalismo de nuevo tipo, porta ese proyecto. El despertar del movimiento obrero en la industria salitrera que encabeza Luis Emilio Recabarren, va acompañado de formas culturales propias; las filarmónicas, el teatro obrero y el periodismo popular, se destacan entre ellas. La aparición de los sectores medios y el desarrollo urbano en la década del '30, establece un campo dinámico de heterogeneidad y mezcla cultural en continuo crecimiento, campo también de disputa y de expresión de los vaivenes en el desplazamiento de los ejes de la dominación cultural. Con ellos surge una cultura de masas propiamente tal, en nuestra formación. A la vez que constituyen las bases de reclutamiento de los intelectuales y agentes culturales especializados, de los cuales se sirven los diferentes grupos dominantes.

El proceso de conformación del sistema de la cultura en Chile y del desarrollo acumulativo de la misma, es un proceso en que se observa a la par de la dominación burguesa, la dificultad de los sectores populares para avanzar en la construcción de una cultura propia, siendo sus expresiones culturales constantemente despreciadas, marginadas y perseguidas o manipuladas por la clase dominante. La formación de un sector de intelectuales orgánicos de las clases populares, no se consolida hasta mediados de siglo. La cultura mapuche, se instaura como una cultura de resistencia con un creciente debilitamiento y deterioro. La cultura oficial dominante difícilmente logra satisfacer las necesidades, intereses y aspiraciones del sector popular, y más bien lo que hace es sobreimponer degradadamente los suyos de modo artificioso, creando mayores y hondas insatisfacciones. La industria cultural, centrada principal aunque tardíamente en la TV, genera una cultura de masas con productos de consumo de un valor alienante. En el campo cultural se observa rasgos de una cultura propia no cohesionada, ni formalizada ni coherente, y acumulaciones caóticas de elementos culturales heterogéneos que en su mejor caso se aparecen como núcleos no estructurados de contenido cultural, o derivaciones subculturales de distinto tipo.

2.— EL PROBLEMA DE LA “IDENTIDAD” NACIONAL:

La cultura chilena es el conjunto de los elementos que la componen, los cuales se ordenan constituyendo un sistema cultural complejo y diversificado. La particular acumulación histórica de todos estos elementos y su ordenamiento en un tejido de subordinaciones, filtraciones mutuas y derivaciones de uno hacia otro por la principal causa de su coexistencia y de las relaciones que los grupos portadores establecen entre sí, de carácter productivo y de naturaleza social, es la única razón de su identidad. No existe otra identidad que la historia múltiple que define el proceso de formación. La identidad, aparece así más como un pasado, que como una **esencia** social de permanencia continua en la conformación de la sociedad. En términos de su definición, resulta más bien un concepto por construir, que una figura que descubrir, develar, recuperar, presente en la vida social.

Se hace preciso que expresemos estas ideas sobre la identidad, en la medida que en nuestro sistema social del pensamiento cultural coexisten varios mitos sobre el asunto. Por ejemplo, encontramos un tipo de nacionalismo reaccionario, tal como lo postula Federico Willoghby del Movimiento Cívico -Militar, quien, tributario del pensamiento nacionalista metafísico del siglo XIX, sostiene que “a través de los elementos más representativos de Chile —sus tradiciones, sus glorias militares, sus símbolos, su folclor, su cultura—, (se expresa el **alma de la nación**”.

Otra variante de nacionalismo reaccionario, metafísico aunque con un matiz histórico, lo representa el “liberal nacionalista” Enrique Campos Menéndez, para quien la fuente de lo nacional está en **las raíces**: “que Chile sea fiel a sus raíces”. Esta última posición se hace también presente en algunas expresiones de sectores tradicionales de izquierda, quienes ponen el problema de “la búsqueda y el encuentro de las raíces”, como fundamental de la identidad cultural. Por esta vía, se deriva hacia un indigenismo trasnochado, el cual desconoce la modernidad de la vida social, y la actualidad de la situación de las culturas indígenas en nuestra formación cultural.

Si bien en la búsqueda de la definición de un proyecto cultural, este problema de otra época mantiene aún vigencia, pensamos que el concepto de la identidad exige ser historizado para ser operable. El reconocimiento en la propia historia, es fundamental en la formulación de cualquier proyecto. Y la construcción de un proyecto social y cultural en la historia, es la construcción de una identidad. Ello sobre la base de una realidad actual traspasada por la diversidad y el mestizaje de todo tipo, tal como se da en la **zona cultural** latinoamericana, en la cual nos inscribimos históricamente y la cual es nuestro marco operacional y de definición. Es urgente que nos encontremos en la modernidad de nuestra diversidad, en nuestra heterogeneidad y pluralidad actual, y que éstas las reconozcamos en nuestra historia. A partir de ello, podríamos avanzar hacia el postulado de una sociedad aspirada y de una cultura aspirada, en tanto proyecto por construir.

3.— DESCRIPCIÓN Y ANÁLISIS DEL SISTEMA CULTURAL ACTUAL:

Encontramos hoy en Chile, un sistema cultural en el cual podemos distinguir en términos generales, dos universos: un campo de la cultura dominante y un campo de la cultura popular.

3.1. CAMPO DE LA CULTURA DOMINANTE:

En este campo, encontramos los siguientes elementos de cohesión coexistentes: a) la Doctrina de Seguridad Nacional, b) el liberalismo, c) el cristianismo pre-conciliar, y d) una tradición iluminista.

a) **La Doctrina de Seguridad Nacional**, organiza la cultura como sistema global dominante en el conjunto de la sociedad y da cohesión al bloque dominante, siendo ella la ideología hegemónica. Su grupo portador es principalmente el grupo militar y un sector de altos funcionarios del régimen asociados al proyecto global de dominación y al modelo económico liberal. Esta doctrina encuentra su coherencia a partir de una determinación internacional de campos de fuerza política y militar, dividiendo el mundo entre Occidente cristiano y Este marxista, y definiéndose por la defensa del Occidente. Su aliado fundamental es el imperialismo norteamericano; define un enemigo interno, que es el marxismo internacional y sus grupos portadores: los partidos marxistas y los sectores populares que con ellos simpatizan. Exacerba un nacionalismo acrítico. Impone una situación de violencia y represión al conjunto de la sociedad, estableciendo una situación de Guerra Interna que extiende a todos los ámbitos de la sociedad.

b) El **liberalismo**, es la doctrina económica liberal que se extiende a todos los ámbitos de la vida social. Su grupo portador es la burguesía monopólica financiera, hegemónica en el bloque social en el poder. Este liberalismo se sustenta en la propiedad individual de los medios de producción y el libre intercambio. El elemento regulador de la vida social es el mercado, las libertades individuales se realizan en el mercado. La producción cultural y toda la gestión cultural es entregada a la iniciativa privada, y está sometida también a las leyes del mercado, abierta a un indiscriminado intercambio internacional mercantil. La producción cultural es una mercancía sin privilegios de ningún tipo, lo cual tiende a hacer de la actividad cultural una actividad industrial para el consumo de masas regida por leyes de **marketing**. En tanto mercancía, el excedente producido por los bienes culturales es apropiado por las clases dominantes que controlan la industria cultural y la circulación de los bienes, así como el mercado, y no por el artista productor. El liberalismo ha reorganizado el sistema de la producción cultural bajo leyes mercantiles que rigen el funcionamiento global del sistema económico, haciendo de los medios de comunicación masiva, en especial de la TV, por ejemplo, un medio al servicio de la industria de la cultura y la competencia mercantil; ha establecido como relación social básica la relación de mercado.

c) **Cristianismo pre-conciliar** o tradicionalismo católico; es una visión integrista espiritual, que portan sectores de la burguesía tradicional y una parte de la jerarquía eclesiástica. Se expresa con fuerza en el campo educacional, al nivel de las concepciones y orientaciones programáticas de la educación; representa una visión de los problemas sociales y políticos de América Latina desde el punto de vista europeo, como los ve el Opus Dei, con el orden por sobre el hombre.

d) **Tradicción iluminista**; tiene diversas realizaciones, aunque fundamentalmente propone un universo ordenado bajo el espíritu humano y la razón, sin excluir toda una vertiente irracionalista. Es la corriente más tradicional, orientada hacia la construcción de una cultura de corte europeo y humanista-burgués. La burguesía tradicional, y los sectores medios ascendentes, así como la mediana burguesía desplazada del poder, son sus portadores.

Estas son las principales ideologías que dan coherencia a la cultura dominante, ordenándose bajo dos orientaciones básicas: la seguridad nacional, como un principio de orden fundamental, y el liberalismo como un modelo de vida económica y social sustentado por aquella. La integración de todas estas corrientes se logra principalmente por la coherencia global entregada por la Doctrina de Seguridad Nacional en tanto ideología. Estos núcleos culturales se encuentran también expresados en el aparato cultural que mantiene el régimen, el cual concreta la relación entre ellos. Así, por ejemplo, vemos aparecer una mezcla de tradicionalismo católico e iluminismo en la Corporación Cultural de la Municipalidad de Santiago, bajo la hegemonía de la ideología de la seguridad nacional. Todo el accionar de esta institución muestra un tipo de cultura coherente con la concepción europeizante de los grupos burgueses tradicionales. El Ministerio de Educación, por su parte, tiende a ser reducto del tradicionalismo católico. La Secretaría de Relaciones Culturales es un apéndice político del régimen, cumpliendo funciones al servicio de la seguridad nacional y el nacionalismo tal como aquel lo concibe. Igual tendencia nacionalista observamos en la Dirección de Bibliotecas y Archivo, aunque compartida con una tradición iluminista. La TV ha sido completamente copada por el liberalismo, poniéndose al servicio del modelo económico, aunque traspasada por los objetivos de dominación de la seguridad nacional. Estas corrientes de coherencia cultural se encuentran mezcladas, y la pugna que establecen entre sí es secundaria, en la medida de su cohesión por la ideología hegemónica. El tradicionalismo iluminista de Carlos Bombal, por ejemplo, no es contradictorio con el nacionalismo de Enrique Campos Menéndez, en la medida que ambos orientan su gestión administrativa y su práctica por los principios de la necesidad del orden interno —“La libertad es fundamental para el desarrollo de la cultura, pero también lo son la seguridad y el orden”; ch.: “Enrique Campos Menéndez: El hombre de la cultura”, en *El Mercurio*, D p. 5, 1 de noviembre de 1981—, lo cual les hace también coherentes con el ordenamiento emanado de la Secretaría de Relaciones Culturales y del Ministerio del Interior. Mayores contradicciones se encuentran entre el liberalismo económico y la tradición iluminista que predomina en la Municipalidad de Santiago, al entrar en crisis la gestión cultural de esta última bajo el principio del autofinanciamiento privado de la cultura, o la regulación por el mercado. Finalmente, en la DIGEDER, sustentadora de una práctica populista, encontramos el absoluto predominio de los aspectos nacionalistas de la Doctrina de Seguridad Nacional, junto al liberalismo.

De manera global, pudiéramos decir que la cultura que sustenta y propone la dictadura, tal como ella se expresa en la práctica cultural del régimen, se caracteriza en primer lugar por sus rasgos de fuerte alienación y paternalismo; es una práctica populista y no de contenido popular, sub-dotada en su infraestructura; no satisface las necesidades culturales reales, sino que crea la ilusión de haberlo hecho, fortaleciendo la enajenación individual del pueblo, exacerba la competitividad individual, así como un apoliticismo adormecedor de los derechos ciudadanos.

3.2. CAMPO DE LA CULTURA POPULAR:

En este campo de vivencias culturales de la gran masa de los sectores populares y medios de la sociedad, nos encontramos una realidad más compleja por la indefinición de los sectores que analizamos. Contribuye a esta complejidad, el hecho de que gran parte de los elementos culturales aquí discernibles, son elementos permeados desde la cultura dominante hacia el campo popular. Al mismo tiempo, sin embargo, es posible señalar algunos rasgos propios capaces de producir una primera cohesión y coherencia entre la heterogeneidad y ambigüedad que dominan este campo cultural. Los elementos más relevantes que podemos distinguir en él, son:

a) Una derivación permanente desde el liberalismo hacia las capas populares, en la medida que constituyen —especialmente la clase media—, los agentes básicos señalados por el modelo mercantil. Hacia ellas derivan no sólo los principios fundamentales de la doctrina liberal: la exacerbación del individualismo, y la idea de una libertad individual ilusoria basada en la ilusoria libertad de consumo; sino que también derivan los contenidos propios del acto de consumo del producto cultural concebido como mercancía. La cultura de masas, se hace así una cultura del consumo de los productos de la industria cultural. Como este proceso es vivido como natural, y en forma acrítica por las grandes masas explotadas, hay una incorporación de esos contenidos en la práctica cotidiana conduciendo hacia la alienación al grupo consumidor. Alienación de sus condiciones de ser humano, de la capacidad de comprensión y control de las condiciones de la producción, del reencuentro con su propia actividad productiva reconocida como propia; deshistorización de la vida, en fin. Los modelos propuestos por la industria cultural, son aprehendidos por las masas y vividos como propios.

j) Singular elemento es la cultura pascuense, dado que si bien existe —aunque escaso—, un nivel de asimilación en la cultura popular de algunos elementos suyos; sin embargo, estos no son históricos ni están consolidados, y tienden a ser percibidos como exóticos.

Del conjunto de los elementos que distinguimos en el análisis de la cultura popular, pensamos que son tres los que orientan la organización de este complejo conjunto. Ellos son: el marxismo, la religiosidad popular expresada en la iglesia popular, y la cultura de la resistencia que recoge la tradición cultural del proceso de luchas sociales populares. De estos tres, la cultura de resistencia se perfila y fortalece como núcleo aglutinador de elementos, en la vivencia de la identidad popular; el materialismo histórico y dialéctico, es, sin embargo, la ideología capaz de dar cohesión y coherencia a este núcleo. En cuanto a la religiosidad popular, ésta tiende a converger con el marxismo, no sólo en lo doctrinario sino en especial en la práctica social, tal como ambos son comprendidos y vividos por el pueblo.

PROYECTO CULTURAL: X UNA CULTURA DE LIBERACION

El presente proyecto cultural que proponemos, es atingente al período histórico actual, y por tanto plantea metas y objetivos tácticos de lucha cultural; siendo el objetivo primero el derrocamiento de la dictadura y la cultura que le es consustancial. Pero es necesario tener claro que un proyecto cultural no puede agotarse en un objetivo táctico político de esa naturaleza, ya que éste sólo fija **metas para la lucha** cultural, pero no para la construcción cultural de mayor significación social y más amplia proyección histórica. Derrocar la dictadura es una tarea cultural básica que remueve las condiciones negativas fundamentales de producción cultural, pero en esa lucha contra la dictadura deben estar consideradas las **metas de construcción histórica superior** que orienten el sentido estratégico de cada uno de los movimientos tácticos y los objetivos parciales por los cuales luchamos. No agotamos nuestras perspectivas históricas en el derrocamiento de la dictadura, ni en la instauración de una democracia popular. Nuestra meta final es el socialismo, y la instauración para Chile de una cultura popular de tipo socialista. El derrocamiento de la dictadura y la derrota de su cultura de guerra represiva, deben ser entendidos por ello como un período de acumulación de fuerzas sociales, políticas y culturales.

Al concebir el proceso social y cultural como un proceso de acumulación de fuerzas, las metas estratégicas o de largo plazo no pueden estar ausentes, a fin de entregar su correcto valor político a los esfuerzos de lucha que realizamos en cada período de lucha de clases. Es urgente entender que la construcción del futuro socialista no es una etapa que se inicia cuando se han concluido, agotado y satisfecho las fases intermedias de la acumulación de fuerzas que lo hacen posible como sistema de vida social, económica y cultural; sino que el logro de esas fases, en una dirección socialista, sólo estará garantizado en la medida que iniciemos hoy los esfuerzos de esbozar, construir y propagandizar ese objetivo. Discrepamos de aquellos sectores políticos que se reducen a un ciego y estrecho objetivo táctico, pensando que los tiempos de concebir una propuesta cultural para un Chile democrático y para un Chile socialista es un acto de reflexión postergable en función de las tareas inmediatas de la contingencia histórica. Creemos que es un error político pensar que el eje social de la cultura podrá ser desplazado hacia las fuerzas populares mediante un gesto mecánico de la dinámica histórica. Es necesario desencubrir en la conciencia de las masas el objetivo del socialismo como un contenido cultural, y hacer de esos ideales una práctica cotidiana del ser social. En ese sentido, nuestra concepción de la organización social, y en particular nuestra estrategia de construcción del poder popular a partir de la conciencia del mismo, es una constante que se plantea como un requisito sine qua non en nuestra teoría del trabajo cultural.

Concebimos el proceso del desarrollo cultural como un proceso **expansivo** de la liberación popular, y la cultura que en él se gesta, como una cultura de liberación. Entendemos que esta cultura de liberación deberá ser popular por su contenido, pero estamos igualmente convencidos que ese contenido es función de un proceso de acumulación de fuerzas y de generación en las masas, del poder popular, y por ello de la conciencia de ese poder. Al hablar de Liberación, entendemos que se habla de la liberación de las condiciones de vida, de la liberación de la enajenación del trabajo humano y la liberación de la explotación económica en la sociedad. Liberación de la energía productiva, creadora y humanizadora de todos los hombres y mujeres de la sociedad.

1.— **NUESTRA ESTRATEGIA POLITICA ES NUESTRA ESTRATEGIA CULTURAL:**

La liberación y el desarrollo de la cultura chilena, van entrelazados con el proceso de liberación social popular y de desarrollo del poder del pueblo, hasta alcanzar éstos sus objetivos políticos superiores, cuales no son el aniquilamiento de la explotación humana y la construcción del socialismo. Porque esta relación es **en la realidad** indisoluble, podemos decir que nuestra estrategia cultural no es distinta de nuestra estrategia política. Y al mismo tiempo, afirmar que nuestra estrategia política es una estrategia cultural. Como lo hemos señalado, el avance en la construcción del poder popular y la acumulación de fuerzas en ese proceso, es un objetivo básico en el desarrollo de nuestros objetivos culturales.

Dado que entendemos el proceso de liberación como una estrategia de poder popular, y por tanto de liberación popular, la cultura de liberación que se ha de construir en ese proceso es una cultura popular. Esa cultura popular existente hoy como un campo heterogéneo, difuso y caóticamente mezclado de una diversidad de elementos, según le hemos descrito. Construir una cultura popular —en el proceso de liberación—, como base de sustentación de la cultura chilena, es entregar coherencia, formalización y, por sobre todo, una conciencia crítica a ese conjunto diversificado de elementos. El proceso de formalización del campo de la cultura popular, pasa necesariamente por la construcción de la hegemonía popular en la sociedad, a partir de los núcleos que en el proceso sean capaces de dar la coherencia. Esa hegemonía se alcanza a partir de la conciencia que logre desarrollar **el pueblo** acerca de su propio poder, en la lucha por el mismo y en el aprendizaje del ejercicio de él, utilizando al mismo tiempo la fuerza política, social y militar capaz de construirla. El trabajo sobre la cultura popular hoy día y en la fase democrática, cumple ese objetivo político en el campo global de la cultura, sin perder su especificidad como objetivo cultural.

2.— **PROYECTO Y PERIODOS DE LUCHA DE CLASES:**

Si bien pensamos que nuestros objetivos estratégicos deben ser construídos desde la situación presente, el logro de una fase superior de productividad cultural socialista supone varios pasos previos. Reconocemos en ese sentido la existencia de fases históricas que son metas parciales reales en nuestro proyecto, y en nuestra estrategia de acumulación de fuerzas ideológicas, sociales y culturales.

Apreciamos como necesaria una fase democrática de hegemonía popular, en la cual el pueblo profundice la práctica de sus derechos y de su participación en la vida social, ejerciendo el poder a través de los diversos órganos de poder popular. Esta fase es un período de acumulación global de fuerzas para producir las transformaciones socialistas. El grado de desarrollo y profundidad en el proceso de liberación que se alcance en esa fase, estará dado tanto por la fuerza social, política y militar que el pueblo haya podido acumular en la lucha contra la dictadura por la democratización de la sociedad, como por el nivel ideológico alcanzado. Nuestra línea democrática revolucionaria, plantea la urgencia de crear y desarrollar en la lucha misma contra la dictadura, los órganos del poder del pueblo que garanticen la hegemonía de éste en la fase democrática, y por ende las transformaciones hacia el socialismo.

El actual período de la lucha de clases, se caracteriza por el ascenso del movimiento antidictatorial de masas y de profundización de la crisis del régimen. Este período se abre con las primeras manifestaciones masivas populares en el centro de Santiago a fines de 1982 y las Jornadas de Protesta desde mayo del '83. Tras el Estado de Sitio implantado posteriormente al Paro Popular de octubre del '84, el ascenso de la lucha popular recuperó su actividad —si bien con debilidad organizativa— en la movilización generada en torno al caso de los tres asesinados-degollados, y las Jornadas por la Vida. Actualmente, el mes de noviembre, con las Jornadas de Protestas y Paro del 5 y 6, y la concentración de masas en el Parque O'Higgins de un marcado signo MDP, es un índice de actividad popular. Desde su situación de repliegue, el pueblo y sus organizaciones han sido capaces de recuperar terreno y avanzar, pese a los duros golpes recibidos, consiguiendo agudizar la crisis del régimen.

Los objetivos tácticos del período para el movimiento popular, son el derrocamiento de la dictadura y la democratización de la sociedad. Es por ello también un período de acumulación de fuerzas antidictatoriales hacia una hegemonía popular. Esta acumulación de fuerzas, se realiza en dos vías propias del momento político: movilización social que cree los órganos de conducción germen de poder popular, así como los instrumentos militares necesarios en el ejercicio y la defensa de ese poder en el período de enfrentamiento antidictatorial; y la búsqueda de una alianza política amplia, intransigente en la exigencia del inmediato fin al régimen. En síntesis, reconocemos la actual fase como una fase de lucha democrática en el proceso prolongado de acumulación de fuerzas. Esta fase democrática supone el logro de los objetivos tácticos enunciados, así como la construcción del poder y la hegemonía popular, que garanticen el proceso de democratización.

3.— PROYECTO CULTURAL DEMOCRATICO POPULAR:

Los objetivos políticos que el pueblo y sus vanguardias se plantean para el período, se sintetizan en la urgente democratización de la sociedad. Los objetivos de nuestro programa cultural se orientan en un proyecto de democratización de la cultura, el cual responda a los intereses, necesidades y aspiraciones de las grandes mayorías nacionales.

Entendemos que la democratización de la cultura es un proceso de construcción y de trabajo sobre la cultura dada en la sociedad real, tal como ella opera actualmente. Proceso de construcción que corresponde actuar a los trabajadores del arte y la cultura, y a las organizaciones culturales populares, en primer lugar, en tanto agentes especializados; a las organizaciones sociales, en segundo lugar, en tanto organismos germen del poder popular; y a todos los miembros de la sociedad involucrados en la vivencia de este proceso general de democratización.

Tarea fundamental en este período de lucha democrática antidictatorial, es fortalecer y desarrollar la organización social-cultural que el pueblo se ha dado, ejerciendo desde ella la actividad formalizadora, estructuradora y crítica de la cultura popular, desarrollando la conciencia cultural del pueblo en su conjunto. En una fase democrática, una tarea de primer orden es la creación de un Ministerio de la Cultura, como medida básica de organización cultural que permita desarrollar los objetivos programáticos, así como los que el pueblo y sus organizaciones determinen para el período.

3.1. **ORIENTACIONES PROGRAMATICAS GENERALES:**

Definimos como objetivos programáticos fundamentales que orienten el proceso cultural en el período de democratización, la construcción de una cultura: popular, democrática, anti-imperialista e internacionalista.

a) **Una Cultura popular**

Reconocemos en el conjunto del pueblo el sujeto fundamental de la cultura, en su doble función de productor y consumidor de ella. Consideramos que de la práctica de la vida popular se genera la vida cultural de la sociedad. La cultura —es necesario repetirlo, aunque parezca muy obvio—, no es sólo el producto de la actividad de una élite especializada o de un grupo social, sino del conjunto de la sociedad. En las masas populares, encontramos bases de construcción de la cultura chilena; de una cultura que satisfaga las necesidades, aspiraciones e intereses de todo el pueblo.

No mistificamos la cultura popular, pues como lo hemos descrito anteriormente, esta cultura en su estado operante en la actual sociedad es difusa y heterogénea. Entendemos la cultura popular como el proceso de construcción de ella, de formalización y de integración a partir de la hegemonía popular.

b) **Una cultura democrática**

En la medida que el pueblo no sólo es receptor cultural, sino también agente productor, la participación popular en la generación de todas las instancias del proceso social y cultural debe estar garantizada a través del ejercicio de la democracia popular. De esta manera se hará realidad la idea de que la cultura debe satisfacer necesidades, aspiraciones e intereses de toda la sociedad. En relación a esta democratización, es un principio orientador, además, el de que todos los miembros de la sociedad deben tener acceso a todos los bienes culturales, en especial la educación y los medios de expresión y difusión.

c) **Una cultura nacional.**

Bajo el supuesto de que entendemos la nación como el resultado de un proceso histórico de conformación de la sociedad chilena, pensamos que nuestra cultura debe reconocerse en esa historia y arraigarse libremente en ella. Como práctica y producto cultural, debe satisfacer los intereses, necesidades y aspiraciones nacionales. Este reconocimiento y raigambre, supone una valorización crítica de la historia, un rescate de los símbolos históricos, y una particular valorización y respeto por las diferencias culturales a los grupos étnicos que se encuentran en la base de esa historia. En relación a estos grupos, el respeto de su cultura no apunta a la conservación arqueológica de ellos, sino a su integración armónica y consciente en el sistema de la cultura chilena, integración que se base en el respeto a su particularidad.

d) **Una cultura internacionalista.**

La comprensión del proceso histórico de liberación, como un proceso de desarrollo de las fuerzas productivas y culturales mundiales, deberá incorporar en nuestra cultura la solidaridad, el apoyo material y el intercambio cultural con todos los pueblos del mundo en lucha por su liberación. Este internacionalismo incluye también la aspiración a la elaboración, tanto en lo conceptual como en lo formal, de productos culturales de alcance universal y signo latinoamericanista. Eso cobra especial vigencia si consideramos que con los pueblos de América Latina nos une una historia común como miembros de una misma zona cultural; sobre todo cuando entendemos que ningún país de nuestra América podrá alcanzar su total liberación, la plenitud del desarrollo de sus fuerzas productivas y el bienestar material y cultural para sus pueblos, mientras toda América Latina no se haya liberado. El intercambio internacional de lenguajes y productos culturales con la comunidad mundial será más satisfactorio y productivo, en la medida del desarrollo del proceso de construcción de nuestra identidad.

e) **Una cultura anti-imperialista**

Siendo la sociedad chilena una sociedad históricamente dependiente de diversas potencias económicas y políticas —y culturales—, nuestra cultura deberá integrar la lucha por su independencia de cualquier forma de dominio extranjero. Este rasgo de nuestra cultura no deberá excluir el intercambio cultural con todos los pueblos del mundo, pero basado en relaciones de respeto, de independencia y de colaboración, no de dominación y de explotación. Mientras la intervención imperialista no cese en nuestros pueblos, no será posible pensar procesos independientes de ningún tipo.

3.2. CONSIDERACIONES SOBRE LOS OBJETIVOS PROGRAMATICOS:

La enunciación de los anteriores objetivos, constituye, como lo hemos dicho, orientaciones generales acerca de la cultura a construir en un Chile democrático. La realización de esos objetivos, exigirá de diversas medidas de organización cultural, las cuales deberán resultar funcionales para el logro de esos objetivos, cautelando el ejercicio pleno de la democracia. La fundación de un Ministerio de Cultura, la apropiación y administración popular de las Casas de Cultura, la generación de recursos para la cultura, la planificación del desarrollo cultural, de la educación del arte, etc., son medidas de concreción de tales objetivos que no corresponde enunciarlas en este momento..

Una política cultural que defina las medidas particulares administrativas y de organización de la cultura en un período democrático, resulta hoy día un ejercicio de especulación ociosa. Nuestro esfuerzo se dirige más bien a la creación de condiciones que en el campo cultural hagan posible la democratización de la sociedad. Los objetivos programáticos indican la orientación que este proceso de creación de esas condiciones y de construcción cultural, debe seguir, para llegar a concretarse como un proceso real de acumulación de fuerza ideológica y cultural.

3.3. OBJETIVOS TACTICOS—CULTURALES DEL PERIODO:

Los objetivos que enunciamos a continuación, son los objetivos de mediano plazo, para el actual período, que creemos necesario alcanzar y por los cuales se hace urgente luchar unitariamente. Los proponemos para ser considerados por el conjunto de los trabajadores del arte y la cultura, tanto profesionales como aficionados, así como por las organizaciones culturales populares, los coordinadores culturales profesionales y las organizaciones que los integran, los coordinadores culturales locales metropolitanos y provinciales. Estos son:

a) **Desarrollar un movimiento cultural de contenido popular, democrático y antidictatorial.**

Para producir la acumulación de fuerzas necesarias que permita un avance en los objetivos de construcción cultural que nos planteamos, consideramos de urgente necesidad impulsar el desarrollo de un movimiento cultural que involucre a la globalidad de los artistas y trabajadores culturales, ya sea del frente profesional como del frente aficionado, y que se defina de acuerdo a los contenidos fundamentales de consenso del período. Este movimiento existe en la actualidad, pero su estado es embrionario, fragmentado y difuso, con un desarrollo débil y desigual que lo hace aún irrelevante en la vida nacional.

Cuando hablamos de movimiento, queremos señalar una tendencia capaz de generar actividad cultural creativa y recreativa, organizativa y reflexiva, y de incorporar al conjunto de los agentes culturales ejerciendo su influencia en la globalidad del proceso cultural nacional. Un movimiento de ese carácter se define —en su diversidad— por sus objetivos programáticos, así como por su contenido antidictatorial de carácter popular. No debe privilegiar ni comprometerse con ninguna tendencia estética propiamente tal, sino con la creciente liberación de los medios de producción y difusión cultural.

i. **Un movimiento cultural popular:**

Esta característica del movimiento que proponemos como objetivo de mediano plazo, es coincidente con el contenido programático enunciado anteriormente. Entendemos por un movimiento cultural popular, aquel que privilegie el ámbito de lo popular, como su campo de trabajo. El movimiento se define popular, en la medida de ser las suyas las expresiones culturales propias del pueblo en lucha contra la dictadura. La cultura popular es la expresión legítima de la cultura del pueblo de Chile, contra la cultura de dominación impuesta por la dictadura. Como este campo de la cultura popular así delimitado es ambiguo, se entiende que este movimiento debe plantearse como una práctica que contribuya a lograr la hegemonía popular, a la vez que avance el proceso de estructuración y formalización de la cultura popular, apuntando a hacerla protagónica y eje de la organización del sistema cultural nacional. El trabajo sobre el conjunto del campo de la cultura popular, se cumple a partir de diversos núcleos que en ella manifiesta coherencia y capacidad para reorganizar el sistema. Estos núcleos son: cultura de resistencia, cristianismo popular, cultura del movimiento social obrero y tradición cultural popular.

ii. **Un movimiento cultural democrático:**

El movimiento cultural debe estar definido por el compromiso con una propuesta democrática, en particular la de aquellos sectores sociales a los cuales privilegia en el trabajo cultura. Debe incorporar como un contenido fundamental en cada uno de sus niveles, la reivindicación de democratización, así como involucrarse de diversas maneras en la lucha por la consecución de ella.

iii. **Un movimiento cultural antidictatorial:**

Este contenido tiene relación directa con la fase táctica, y supone una movilización permanente de todas las fuerzas existentes, en la lucha cultural, política, social y militar contra la dictadura; ya sea en el lenguaje del arte o mediante la movilización social del sector cultural, poniendo en acción los recursos intelectuales, morales, técnicos e ideológicos con que éste cuenta; impulsando la lucha reivindicante ante el régimen y sus aparatos ad hoc culturales, a la vez que desmontando el sistema de dominación cultural del mismo.

b) **Fortalecer la organización social de artistas, intelectuales y trabajadores culturales que impulse ese movimiento.**

Como agente fundamental a quien corresponde impulsar ese movimiento, concebimos a los profesionales de la cultura, artistas o trabajadores culturales de distinto tipo; enseguida, los no profesionales o aficionados. Ambos cumplen un rol, cada uno en su ámbito. En el caso de los agentes que se encuentran organizados, es preciso fortalecer esa organización, adecuándola a los requerimientos de la lucha de clases; en áreas en que la organización no existe, es preciso impulsarla, entendiendo que es ella el motor de ese movimiento.

Es de común conocimiento el hecho de que nuestras organizaciones gremiales del arte constituyen espacios poco concurridos y de escaso interés para el conjunto de los artistas activos del sector. Ello nos exige una doble reflexión: por un lado, reconocer que la organización gremial no constituye la única forma de organización propia del sector, y por tanto debe ser incorporada esta realidad en el proceso organizativo y en el proceso de activación sectorial. Los colectivos de arte, los talleres y centros culturales, los conjuntos y compañías, y otras formas de asociación técnico-productiva, deben ser entendidas como formas propias de organización que responden a un interés profesional específico. Por tanto, el proceso organizativo y el impulso de un movimiento no se agota en la reactivación de los organismos gremiales, sino que debe incluir y expandirse a estas otras formas de organización, involucrándolas en el movimiento cultural. Por otro lado, debemos entender que las formas de lucha que se impulsan al interior del sector cultural, deben ser adecuadas a la práctica y a las posibilidades del sector, y no operar un traslado mecánico de formas de lucha que corresponden a la dinámica y a la práctica de otros sectores sociales. Si bien la lucha reivindicativa es la forma propia de una organización gremial, en el caso de las organizaciones gremiales del arte debe considerarse que la atracción de los artistas a su práctica debe integrar también las formas propias del arte. Esto no tiene relación únicamente con la generación de movilizaciones “creativas”, sino con la necesidad de generar espacios de muestra artística y difusión cultural y estética en particular. Las organizaciones gremiales deben ser capaces de movilizar al conjunto de las agrupaciones y diversos tipos de asociación. En el plano ideológico, el foro, la mesa redonda, las distintas formas de debate

intelectual, son actividades adecuadas que logran incorporar al conjunto del sector; en el plano artístico: la muestra de arte, la exhibición múltiple y multidisciplinaria, el festival, etc., son también otras formas adecuadas de **lucha** artístico-cultural. La dinámica investigación-acción, como un proceso dialéctico, es otra forma de trabajo y de lucha adecuada. Para el caso de la movilización reivindicativa, ésta debe ser generada a partir de un proceso gradual de lo simple a lo mayor y complejo, dado por sucesivas aproximaciones de negociación de las demandas reales y prioritarias del sector. La lucha callejera, la manifestación pública, ha de ser apropiada y no repetida mecánicamente, siendo practicada en forma discriminada en momentos de necesidad, de un modo organizado que recoja la experiencia del sector en esta actividad. Está demostrado que la declaración pública, como una forma de lucha resulta poco adecuada a la realidad, dado que no produce ninguna resonancia en la sociedad y se ha transformado en una práctica improductiva; sin embargo, por ser ella un vehículo de la opinión de los intelectuales de Chile, ésta debe ser recurrida, pero rescatándola de su condición de práctica desgastada por la reiteración indiscriminada. La emisión de opinión debe ser explorada a través de otros medios: la cassette, o la entrevista en directo en los medios, por ejemplo. Finalmente, se mantiene como una urgencia la creación de Grupos de Acción Cultural capaces de realizar acciones rápidas, simples y organizadas y de opinión pública.

Concebimos las organizaciones del arte y la cultura como organizaciones sociales independientes de los partidos o vanguardias políticas. Por ello, en tanto organizaciones de este tipo, deben ser los artistas miembros de ellas quienes dirijan y ejecuten, y no un grupo de militantes el que toma la organización como de su propiedad y utilidad de los partidos políticos. Esto lo indicamos, porque ha sido una práctica recurrida y no erradicada aún en nuestro país, el “copar” político y la extrema ideologización de las organizaciones, lo cual finalmente hace que ellas dejen de cumplir las funciones para las cuales han sido creadas, terminando en un oscuro aislamiento desvinculadas de sus bases. Esta práctica se observa no sólo en el funcionamiento de los partidos en el interior de las organizaciones, sino en el sistema de “cuoteo” político que se practica al elegir sus dirigentes.

En tanto partido MIR, nosotros pensamos que esta práctica debe terminar, para beneficio del desarrollo de un movimiento cultural amplio, representativo y fuerte al interior del sector cultural.

Concebimos nuestro rol en las organizaciones, como un rol de conducción a través de los agentes políticos que en ella funcionen; pensamos que el debate político debe estar presente en las organizaciones, y que la organización de ellas es producto de un consenso alcanzado por las distintas tendencias ideológicas concurrentes en su interior; pero de ninguna manera creemos que los partidos deben incurrir en el error de llegar a suplantar a las organizaciones mismas y derivar de su rol conductor al de un **dirigismo** político. La corrección en la relación vanguardia-masa, y el hallazgo de la manera adecuada de darse esta relación, redundará en el avance del movimiento, en su ampliación y fortalecimiento.

Durante la etapa de lucha de los años '83-'84, evaluamos que esta relación fue inadecuada, y que, al menos en el campo cultural tal como se expresó en el Coordinador Cultural, se incurrió en la suplantación del rol de las organizaciones de base, por la actividad de un grupo de militantes y de simpatizantes periféricos a los partidos: El Coordinador Cultural cumplió un rol necesario, importante e irremplazable, pero como el resto de las organizaciones sociales en esa etapa no logró resolver la relación con las masas, aislándose paulatinamente, derivando a un dirigismo, a una práctica sobreideologizada, perdiendo su rol coordinador y haciéndose un organismo cupular sin bases sociales reales y por tanto ineficaz para desarrollar la función que le dio origen.

Pensamos que la necesidad de un organismo de coordinación cultural sigue planteada como urgente y a la orden del día, para el sector cultural. Este requiere de un referente, de un espacio organizacional de encuentros, capaz de desarrollar unificada y coordinadamente las tareas que el momento histórico le exige. Pero debe ser un organismo autocrítico en relación a las experiencias anteriores existentes en el período. Y debe poner el énfasis en la lucha reivindicativa y las tareas de construcción cultural, practicando formas de lucha adecuadas al sector.

Las organizaciones culturales poblacionales, juveniles, estudiantiles, deben fortalecer su trabajo tendiendo a coordinarse entre sí, de manera que sean capaces por su nivel organizativo y la claridad que alcancen en su actividad, de demandar y recibir el apoyo de los profesionales, evitando así que éste resulte la expresión de un voluntarismo político. Entendemos la organización y la coordinación del trabajo cultural en el ámbito popular aficionado, como un proceso independiente del homólogo en el nivel profesional, pero con mutuas relaciones de apoyo e intercambio. El conjunto del movimiento debe avanzar en una organización del trabajo cultural popular, globalmente entendido, de modo que todo su espectro se incorpore activamente en la generación y desarrollo del movimiento y el logro de sus objetivos.

c) **Desarrollar ese movimiento en una práctica liberadora, reivindicativa, solidaria, creativa y expresiva.**

Es obvio que la caracterización de la práctica de un movimiento cultural como lo hemos definido, no puede agotarse en la enunciación de unas pocas cualidades, y que tal movimiento posee una complejidad, riqueza y diversidad mayor que el contenido de ese enunciado. Señalamos estas cualidades, como requisitos esenciales que pueden orientarlo.

i. **Una práctica liberadora:**

Entendemos por ello, una práctica comprometida en una constante expansión de dicho movimiento, generando iniciativas en la lucha y la producción cultural, adelantándose al enemigo en todos los campos y tomando en último sentido la ofensiva cultural; de ninguna manera actuar como un movimiento restrictivo. Su accionar debe poseer la agresividad, la audacia y la capacidad para sobrepasar los marcos de acción, e incluso los estatutos de creatividad estética puestos por la dictadura.

ii. **Una práctica reivindicativa:**

Este movimiento debe ser capaz de activar al conjunto del frente en una lucha que exprese las exigencias reales y las insatisfacciones propias del sector cultural, iniciando sucesivas movilizaciones a partir de la activación de sus reivindicaciones, sin perder el valor político del movimiento y de la acción. En ese sentido, se hace preciso corregir dos errores de la práctica de movilización que han caracterizado al frente: el maximalismo político y la ausencia de interlocutores. Efectivamente, por un lado el accionar del frente ha estado centrado en los últimos años en la exigencia de las máximas reivindicaciones políticas del conjunto de la sociedad, y ha desestimado las reivindicaciones de carácter gremial. Esto ha conducido al desgaste de la movilización; probado es que cualquier sector social se activa en torno a aquellos problemas que le son propios y profundamente sentido como expresión de su práctica profesional cotidiana.

En el caso de las organizaciones culturales populares, es preciso que éstas definan sus reivindicaciones particulares, y acudan a las autoridades municipales exigiendo la satisfacción de ellas. En el caso de las localidades que poseen Casas de Cultura, una reivindicación fundamental es la participación en la administración de ellas por parte de las organizaciones, haciéndolas funcionales a las necesidades reales de la comunidad. Ello supone un desarrollo suficiente en la organización para cumplir las tareas que solicita, desarrollo que pasa por alcanzar la constitución de Coordinadores Culturales en cada zona, los cuales agrupen a todas las organizaciones, asociaciones, talleres y clubes culturales existentes en cada lugar. En las zonas en que no existe Casa de Cultura, una reivindicación básica es la exigencia de ellas para funcionamiento de las agrupaciones culturales, con un presupuesto para mantenerla. Esta reivindicación básica, es capaz de generar una movilización popular amplia en la defensa de los derechos culturales de la comunidad.

iii. **Una práctica solidaria:**

La solidaridad es un valor fundamental del pueblo, y uno de los componentes esenciales de una cultura popular universal. Como tal, la solidaridad debe ser ejercida, aprendida y enseñada constantemente, haciendo de ella un elemento de superioridad moral y fortaleza frente a la dictadura.

iv. **Una práctica creativa:**

Toda la práctica que desarrolle este movimiento, ha de plantear un reto constante a la creatividad de los artistas, y de ninguna manera estrecharse en el uso de formas de lucha desgastadas y mecánicas. La solución a los problemas que el movimiento enfrente, debe conllevar la propia lucha interna contra el anquilosamiento y el conservadurismo mental, de manera que el proceso de lucha sea un proceso de verdadera revolución de la imaginación. Así entendida, la práctica se realiza como fuente de renovación del lenguaje artístico, de los medios de producción y difusión, haciendo que la renovación estética y la transformación cultural sean productos de una conducta social, dando así también respuesta a aquellos que privilegian lo estético sobre lo ético.

v. **Una práctica expresiva:**

Un movimiento de esta naturaleza, debe canalizar toda la riqueza y compleja variedad del mundo vivencial de los trabajadores culturales, de los artistas y del sujeto popular en general, extrayendo de allí su fuerza comunicativa, innovadora, y su vigencia como lenguaje. De ese modo contribuirá a producir el proceso de estructuración de la cultura popular, simbolizando la cultura cotidianamente vivida por el pueblo en su lucha liberadora, dando fortaleza y sustentación formal a una **cultura de liberación**.

d) **Desarrollar y fortalecer la alianza social con el conjunto del pueblo en lucha:**

El movimiento cultural aislado perdería su perspectiva y la adecuación al momento histórico, para transformarse en un síndrome vanguardista del proceso cultural. Por ello es importante que sean las organizaciones culturales las que sean atraídas e involucradas en tal movimiento, y no los individuos únicamente. Es también necesario que este movimiento en su organización tenga la capacidad para coordinarse con el conjunto del pueblo en su lucha de liberación, a través de las organizaciones sociales populares, en las mesas de concertación y los comandos de coordinación de acción social. Esto, en el sobreentendido de que el movimiento cultural es parte del pueblo y una función del tejido global de la sociedad.

4.— **ROL DEL ARTISTA Y EL TRABAJADOR CULTURAL:**

En este proceso cultural, los trabajadores del arte y la cultura cumplen un rol irremplazable como agentes de formalización de la cultura popular. Esta tarea no es un acto aislado de cada artista o trabajador cultural, sino que es un proceso colectivo que se realiza en la lucha de liberación popular, y que cada cual cumple inserto en ella ejerciendo libremente su actividad desde el pueblo.

El artista, como trabajador cultural, tiene un papel principal en este proceso, el cual trasciende la función de propagandista, o de agente organizador —las cuales son propias del militante—, para resolver su participación en el lenguaje simbólico del arte y con la particularidad del trabajo estético. Si bien una condición profunda de la esencia revolucionaria del artista, está dada por la transformación constante de los medios de producción artística que le son propios; entendemos que el contenido revolucionario de su trabajo emana de la capacidad para sustentar una responsabilidad ética fundamental con los intereses y los objetivos del proyecto liberador popular. La primera fuente de revolución y desarrollo estético no reside en la experimentación y la búsqueda aislada y desvinculada del proceso histórico —siendo ambas: la experimentación y la búsqueda estética, inalienable derecho y urgente necesidad—, sino al contrario, la transformación y la mayor exigencia de tensionamiento se encuentra precisamente en esa aproximación con el sujeto popular y sus luchas. Esto es, por cierto, válido para el caso de aquellos artistas que se plantean con un mayor nivel de desarrollo técnico su trabajo, dado que siempre encontraremos ante cualquier situación, las soluciones simplistas, carentes de rigor, de exigencia y de verdad estética. El trabajo con el imaginario colectivo, con los sistemas de símbolos sociales, y con las pausas y modelos culturales, así como con la percepción y la expresión del mundo de los diversos grupos sociales, es el campo propio del trabajador del arte, y éste es revolucionario si busca transformar la realidad y si exige al mismo tiempo la transformación de los propios medios del trabajo artístico. El artista es un transformador del mundo, en la medida de su ser revolucionario en cuanto artista, haciendo de la obra de arte una mediación simbólica entre la realidad histórica dada y la vida por construir.

Dado que el proceso de formalización de la cultura popular se hace posible en la medida que se desarrolla el proceso de acumulación de fuerzas populares liberadoras, y alcanza su culminación en la medida que sectores cohesionados logran su hegemonía entre las masas explotadas y en el conjunto de la sociedad, el trabajador cultural y el artista tienen también un rol importante que cumplir en ese proceso de acumulación y en esa construcción de la hegemonía popular. En el proceso de producción de esa formalización, desarrollo y estructuración —en el lenguaje del arte o en la sistematización, reflexión y teorización, y en la organización de la cultura—, al trabajador cultural le cabe impulsar el reconocimiento crítico por parte del pueblo de sus propias expresiones culturales. Ese reconocimiento es parte del proceso de acumulación de fuerzas ideológicas, y fortalece el proceso general de la lucha política al contribuir al desarrollo de la conciencia de las masas y la vivencia de aquella en calidad de sujeto; así se contribuye a la gestión del poder popular. En el plano de la lucha ideológica, el intelectual y trabajador cultural se hace un crítico de la cultura dominante y procede a operaciones de desmontaje de la falsa conciencia del sistema de dominación cultural. A la vez, contribuye a conducir a las masas en un proceso de crítica cultural, dotándolas de los instrumentos intelectuales y organizativos necesarios y adecuados, los cuales avancen en crear la conciencia crítica que permitirá ejecutar ese proceso; de ese modo, el proceso cultural se realiza también como un proceso de educación popular.

La neutralización del enemigo, apropiándose de los productos válidos acumulados por las clases dominantes, incorporándolos sistemáticamente en la reorganización de la cultura chilena a partir de la estructuración de la cultura popular, es otra función principal. Por su mayor desarrollo informativo y su comprensión histórica de la globalidad del proceso de la formación cultural chilena, el trabajador de la cultura debería estar en condiciones de comprender ese proceso con la madurez necesaria para reconocer que los elementos que configuran la cultura dominante se hacen negativos en la medida de la organización, el uso y la proyección que a ellos dan los grupos dominantes; es decir, de la ideología que los ordena y cohesionan, y que parte de ellos son válidos, son rescatables y, en última instancia, son parte de nuestra historia —cuando lo son— y como tales forman parte del sistema cultural de nuestra formación social y constituyen un patrimonio de beneficio universal.

El desarrollo de las fuerzas productivas culturales, la experimentación, la transformación del orden de la cultura y de los medios de producción y difusión cultural, son en resumen tareas propias del profesional de la cultura. Así como el intercambio crítico con otras culturas. Tareas todas que alcanzan su máxima productividad, no cuando son realizadas aisladamente sino cuando se practican inserto en el flujo popular, y en una perspectiva estratégica de poder popular.

frente cultural

Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR.

ACADEMIA
DE LIBERACION